RAFAEL GARCIA ROSQUELLAS

El Balcón del Firmamento

Segundo premio en el concurso literario convocado por la Universidad de San Francisco Xavier, conmemorando el 319 aniversario de su fundación.

SUCRE, 1939
Editorial «Charcas»

RAFAEL GARCIA ROSQUELLAS

El Balcón del Firmamento

SUCRE, 1939
Editorial «Charcas».

El 25 de agosto de 1937, la Universidad de San Francisco Xavier, «con el objeto de solemnizar el 315 aniversario de su fundación», cumplido el 27 de marzo próximo pasado, convocó a un concurso nacional de cuádruple tema—ciencias sociales, ciencias médicas, ciencias pedagógicas y literatura en prosa—, todos «vinculados con cuestiones de interés boliviano». Fijáronse dos premios para cada sección, consistentes el primero en una medalla de oro y mil pesos bolivianos, y el segundo en una medalla de oro, y la Universidad acordó, además, correr con la publicación de los trabajos premiados.

Constituídos los tribunales calificadores en febrero del presente año, el concurso fue declarado desierto en las secciones de ciencias sociales, ciencias médicas y ciencias pedagógicas.

En cuanto a la de literatura en prosa, el tribunal calificador, compuesto por los señores René Calvo Arana, Ismael Vilar y Joaquín Gantier, acordó discernir el primer premio a la novela breve «El Cofrecillo de las Alhajas», suscrito por Oidor, *pseudómino que resultó corresponder al señor Raúl Jaimes Freyre, poeta ampliamente conocido en nuestros círculos intelectuales. El segundo premio fué asignado a «El balcón del firmamento», poemario en prosa del señor Rafael García*

Rosquellas, escritor de la nueva promoción literaria boliviana.

La Universidad de San Francisco Xavier, cumpliendo con una de las cláusulas de la convocatoria, ofrece al público lector las dos producciones premiadas.

ESTE NO ES GARCIA ROSQUELLAS

Prólogo-suicidio intelectual con resurrección en la hora nona.

Yo lo conozco (NOSCE TE IPSUM!). «El Balcón del Firmamento» no es libro que hoy escribiría este místico con fama de escéptico. Y ello porque la vida cambia a los hombres. Libro de su adolescencia, primer libro, «El Balcón del Firmamento» representa un período inicial de gestación mental, moral y afectiva. Libro, por eso, de estúpidas contradicciones explicables en el atropellado principiante, García Rosquellas no ha podido aún limpiarse las telarañas morales de su educación católica ni ha podido contener en sus labios las ridículas lamentaciones que aparecen en «El Tarro de Pelotas de Tennis», por ejemplo. ¡Qué miserable derrotismo el de este parrafillo lírico-histérico!...

Libro, además, cerebral; casi me atrevo a decir: insincero. García Rosquellas, por efectismo, ha rebuscado motivos líricos extravagantes. Pero ha

conseguido lo que su vanidad, y nada más que su vanidad, pretendía: deslumbrar a algunos incautos y alcanzar un premio universitario: medalla de oro. Más valen los ingrávidos quilates de esta medalla que todas las páginas del libro (Aquello de «ingrávidos» es cosa de que la Universidad tiene la clave. Averígüelo el curioso).

¿Cómo surgió este libro en su mente? He aquí una pregunta cuya respuesta encierra el justificativo de los muchos absurdos que contiene. Cuando García Rosquellas escribió «El Balcón del Firmamente» no fué precisamente un poemario lo que se proponía escribir. Dado a lo trascendente desde muy temprana edad, buscó y creyó encontrar una solución de los eternos problemas «hombre», «vida», «universo»... que han agitado la pluma de tantísimos emplumados y de tantos sin pluma. Tradujo sus conclusiones en su «Credo Inicial» y en su «Oración Final» que aparece desgranada en el curso de todo el libro guardando cierta relación asociativa y mnémica con los poemas. Con aquéllos, credo y oración, supuso que representaba el bajo profundo de un himno filosófico-religioso en el que lleva el cantante humano y trival la colección de pequeños poemas en prosa rítmica a las cosas de un cuartucho de estudiante, a la vez alcoba, living, biblioteca, etc.

¿García Rosquellas es un ateo? ¿Es un panteísta? ¿Es un agnóstico? No resulta fácil clasificarlo, y acaso fuera injusto clasificarlo... Por dos razones: primera, porque la expresión sintética de sus soluciones no permite un análisis cabal y definitivo de sus puntos de vista; porque todo en su libro resulta pa-

radojal; porque, pareciendo hablar de un extraño dios sólo para el pasado y para el futuro, habla con ese dios, presente, en «Las Sillas»—de una repugnante influencia católica-apostólica-romana-y en su «Oración Final». Segunda, porque García Rosquellas es García Rosquellas, y nada más.

Por último—y esto debo decir haciendo justicia a «El Balcón del Firmamento»—, en orden a ideas trascendentes (que en rigor de verdad son las más intrascendentes porque la máquina del universo ya está montada y ha de seguir trabajando según su estructura sépanlo o no lo sepan las ruedecillas que la componen)... En orden a ideas trascendentes, decía, su autor lo era ya el firmante de este prólogo-suicidio. Solo le faltaba sacudirse mejor la paja del establo en el que formó sus primeros años mentales. Con un poco de buena voluntad puede pues, el lector hacerle la vista gorda a ese dios implorado en «Las Sillas» y en la «Oración Final» y entender que su presencia sólo representa un recurso de la preceptiva literaria, como cuando conversamos con una persona inexistente suponiéndola delante de nosotros. Porque García Rosquellas no cree en Dios como un sér superior desprendido de las cosas, vigilante de su hacienda y a la vez tan vengativo hasta el más refinado sadismo, como misericordioso hasta la debilidad y mansedumbre del asno.

García Rosquellas sólo cree en el Hombre; sólo cree en sí mismo. Y hasta cuando clama dislates y escribe atrocidades sigue creyendo en sí mismo (en lo que hace, confesándolo, lo que todos hacen sin confesarlo). El considera que «llevar a Dios en el corazón»

para triunfar en la vida es lógica, histórica y psicológicamente lo mismo que llevar una patita de conejo o un pedazo de cuerda de ahorcado en el bolsillo del chaleco para ganar una partida de póker.

Sucre, 26 de noviembre de 1939.

García Rosquellas.

Negra es la Noche de la Verdad
pero blanco el Día de la Victoria

MI CREDO

La controversia está agotada. Sólo proceden afirmaciones a condición de que se mantengan firmes ante los embates de la razón más exigente. Estas son las mías:

Existe Dios, y es el único: está en todo, por todo, para todo y con todo.

La Nada, en un sentido absoluto, no existe, porque El lo ocupa todo.

Cuanto vemos y sentimos está en El, y El está en cuanto vemos y sentimos.

Por tanto, fuera del Universo, aquel Dios declarado no existe.

Sólo és Dios-universo.

Existe Dios y es el Unico.

Mas no lo conocemos. Es un impenetrado misterio, una sombra que se yergue triunfadora y gigantesca por encima de los pequeños dioses cristianos, islamitas, judíos, brahamanes, negros y amarillos...

¡Es una inmensa sombra que, en el lenguaje de su negación, nos va mostrando la senda definitiva, la escala del paraíso!...

Y, enseñándonos así la suprema aspiración, nos dice:

Yo, que soy el que soy, te traje al mundo

huérfano, desnudo y miserable, pero te dí la inteligencia para que llegaras hasta mí con la ciencia, con el saber, con el trabajo... Has andado ya una parte del camino, pero es enormemente más lo que te falta. ¡Levanta tus ojos a las estrellas!... Ellas son tu escala, y por ellas alcanzarás tu conquista... ¡Cuán poco, en verdad, has hecho! ¡No has llegado todavía a ser el dueño del corpúsculo cósmico en que al firmamento has venido! ¡No has salido aún de tu cuna!

Levanta tus ojos a las estrellas, y ven adonde yo te espero guardando ésta que es mi ley, la única que se mantendrá imperecedera porque lleva el certificado de mi conducta:

Yo, mostrándome a ti, transformándome en el Universo; he *creado*. Luego *crear* es bien.

Tú crearás sin buscar otro premio que la Verdad misma, haciendo el bien por el bien.

Pero, a fin de conseguirlo, has de cumplir tres condiciones:

Has de amar,
Has de soñar,
Has de construir.

Sin ellas no podrás llegar a creación ninguna.

Ahí están otros tantos maestros de entre los pocos que la historia de tu humanidad, de nuestra humanidad, te muestra: Jesús, el gran amador; Edison, el gran constructor; Verne, el gran soñador. Ellos, juntos, forman la trinidad simbólica del bien.

Y advierte que amar es: no injuriar, no murmurar, no calumniar, no matar, ser compasivo, ayudar, aconsejar, poner el corazón, sin condiciones, al servicio de la justicia social para su universal reconocimiento y establecimiento.

Y advierte que soñar es: tener religión, la religión del amor, la de la vida presente, la del hom-

bre; honrar al sabio, al estudioso y al artista sacerdotes de la Verdad; tener fe, tener esperanza, tener valentía y tener previsión.

Y advierte, por último, que construir es: trabajar, trabajar, sobre todo, y después, no mentir, aceptar, como tal, la autoridad legítima cualquiera que sea su jerarquía, ser exacto y puntual, ser paciente, ser perseverante y ser moderado en los placeres del cuerpo, aceptándolos sin miedo, pero sin gula.

Esta es mi ley. Acátala, cúmplela y todos los planetas serán tuyos. ¡Será tuya la Luz!

MI ALCOBA

Para Guillermo Francovich, gran espíritu,

La Tierra, Continente Colombiano, América del Sud, Bolivia, Sucre, calle «Dalence», número... sin número; de la entrada, a la izquierda, reja simple de solar español en la ventana.

Entremos.

Perfume de azahares. Es un patio milagroso de luz, discreto y tibio.

Mi Alcoba. Una sencilla puerta con vidrieras le da un encanto sugestivo y suave... Todo es meditación, recogimiento natural, monólogo; todo es serenidad del pensamiento, inhibición sencilla del espíritu, calma, contemplación.

Hablan las cosas su ignorado idioma de todos los rincones; del tejado, de la fuente, del cielo azul, del huerto... Y habla terso el palomo señor...

¡Hoy prefiero ocultarme dentro de ella (de mi Alcoba minúscula y risueña) y, cerrando la puerta a piedra y lodo, largo a largo tendido en blanda cama, aprender la oración, el cantar o la historia de los míos: mi Ventana, mi Puerta, mis Arañas, mi Lavabo, mis Mesas, mi Tumbado... mi Universo menor!

Hoy prefiero a vosotras Cosas mías, dedicaros

mi espíritu curioso, tan callado y sensible como el vuestro. ¡Dadme vuestro cerebro, vuestra alma, vuestro gran corazón! ¡Apenadme con todas vuestras penas, con vuestras alegrías alegradme, con vuestra honda música elevadme!... Soy vuestro confesor.

A ver, tú, mi Ventana, la apostólica, portadora del viento y de la luz; tú, la amiga del cielo y las estrellas; tú, la vestida de fulgores, diáfana, ¡ensaya tu canción!

¡Oh vosotros, mis Muros, los inmóviles, blancos como las lunas taciturnos; tenues como las gasas, imprecisos, raros como las sombras, misteriosos, llenadme de pavor!

¡Oh tú, mi engalanada, la coqueta, que sabe depensar profundo y bello; tú, mi Alfombra, la humilde, la obediente, díme el sentido de tu pobre suerte, habla de tu dolor...

¡Oh tú, blanco tocuyo, Tumbadillo, celoso guardador de algo vedado que Mahoma y que Cristo y que Confucio creen adivinar; tú, cielo-símbolo, infúndeme valor!

¡Oh tú, mi Puerta, la tozuda y blanca, vieja amiga de todos los gorriones y de las golondrinas del alero, y de los buhos del tejado lúgubres, díme cualquier primor!

¡Oh tú, mi Lecho voluptuoso, mórbido, inmaculado, halagador y dulce, ven y tus versos peregrinos cántame, como cantan las madres a sus niños un canto dormilón!

¡Oh vosotras, las tres, celestes Mesas, hermanas mías para quienes tengo de mis musas la más sublime estrofa que humano oído asaz sutilizado escucharа mejor!

¡Oh vosotras, mis Sillas, las ingenuas, llanto, risa, visaje en que mi alma se sienta a descansar go-

zosamente, dadme vuestro sosiego, vuestra calma y vuestra redención!

¡Oh tú, mi viejo y empolvado Estante, íntegro revestido con azul; tú, que fuiste señor en la floresta; tú, que domaste fieros huracanes, di tu lamentación!

Y, en fin, vosotros todos, mis hermanos, la hermana Puerta y el hermano Estante, la hermana Alfombra y el hermano Clavo, la hermana Silla y el Reloj hermano, decid vuestra oración, expandíos, que yo soy todo vuestro; imaginad que yo, como vosotros, tengo cabeza de ventana, carne de clavo, espíritu de inquieta mosca y un rojo corazón de humilde alfombra y orgulloso muro... ¡Que vuestro coro exótico y humano llegue has mí, penetre en mis oídos, se apodere de todos mis sentidos en completa ilusión!

¡Venid, oh sabias Cosas estupendas en vuestra silenciosa obscuridad! ¡Venid, oh Cosas de mi Alcoba, dadme vuestro mar infinito de enseñanzas! ¡Sois mi Universidad!

LA VENTANA

A Confucio

Señor del Abismo, Dios mío, a ti el que fuimos en la hora del inicio, a ti el que seremos en la hora de la máxima apoteosis: Donde quiera que mis ojos ponga te veo y no te encuentro, pero donde más resplandece la gloria de tu imagen, la inmensidad de tu naturaleza divina, donde más formidable y más lejano te me muestras es en el cielo, en ese cielo del color de mis sueños, donde quiero aprender tu pureza, tu nobleza, tu diafanidad y tu grandor.

¡Tengo un rectángulo de cielo para subir hasta las nubes!

¡Tengo un rectángulo de cielo para beber un mar de luz!

¡Tengo un rectángulo de cielo para tender el vuelo al sol!

¡Tengo un rectángulo de cielo para reírme del dolor!

¡Tengo un rectángulo de cielo para colmarme de infinito!

¡Tengo un rectángulo de cielo para escuchar la voz de Dios!

¡Tengo un rectángulo de cielo para aprender la verdad única!

¡Tengo un rectángulo de cielo para calcarme en el cristal!

¡Tengo un rectángulo de cielo para lavarme de pecado!

¡Tengo un rectángulo de cielo para saciarme con azul!

¡Y ese rectángulo de cielo me brindas tú, tú, mi Ventana, sólo tú!

LOS MUROS

Para Florencio Candia, altísimo cultor de la bella frase.

Señor del Abismo, te veo y no te encuentro. Por el este, misterio; misterio en el oeste y en el norte y el sud. Se yerguen en contorno mío tus cuatro muros de lo desconocido y me espantan, Señor, me espantan. Hazme comprender que sabré derrumbarlos...

¿Que me decís vosotros, Muros de barro míos?... Muros de barro míos, estúpidos, callados, recónditos, obscuros, inmóviles y fríos.. Muros de barro míos, Muros empapelados...

Cuando cierro los ojos fatigado, deshecho, y, cariñosa, dulce, suave, mimosamente, me envuelven las calientes cobijas de mi lecho bajo el morboso halago de la luna indolente, me parece angustiado, tembloroso, que siento vuestras inmensas caras fijas en mí las cuatro; me parece que flota vuestro gélido aliento; que vosotros, actores de un peregrino teatro, tomáis extrañas formas de aparecidos ciertos, blancos como las lunas, tenues como las gasas, raros como las som-

bras, fríos como los muertos, tristes como las noches... ¡Oh Muros, mis tenazas!

Me parece, oh vosotros, Muros de barro míos, guardianes de mi sueño extáticos y mudos, de escuálida figura y ajados atavíos, me parece que siento vuestros miembros desnudos envolverme, encerrarme, transportarme al vacío del no ser insondable, del no vivir arcano.

¡Muros de barro imbéciles, Muros de barro míos, geometría cuadrada, gesto inerte y lejano, yo no sé qué sentido profundo, sobrehumano encerraréis vosotros, discretísimos Muros, pero sé que en la noche, cuando os tienta mi mano, u os preguntan mis ojos, de la luna al conjuro cobráis súbita vida y os movéis imprecisos, y adormecéis mis párpados, y apaciguáis mis músculos, y me sumís en hondos y obscuros paraísos y me enseñáis la calma supina de los túmulos!

¡Muros de barro míos, prodigiosos Cerberos de las cosas antiguas y de las nuevas cosas; ataúdes simbólicos del tiempo curandero que guardáis hechas polvo y rasguño las rosas y los frágiles lirios, la hojarasca olvidados! Libros amarillentos de misteriosas páginas vertidas en las lenguas de los artesonados centenarios; folletos de inalterable fábrica en los que el duendecillo del hermano Cronómetro va escribiendo la historia de todo lo que fué, de todo lo ignorado, de lo risueño y lóbrego, de lo que nadie cuenta, de lo que ya no sé...

Yo me figuro veros como cuatro semblantes que sobre las cosillas humanas se juntaran inmensos, pensativos, chatos, obsesionantes, con luenguísimas barbas que hacendosas colgaran las arañas, verrugas de vosotros quiméricas. Yo os imagino ahora estrechandoos porfiados, atónitas, suspensas vues-

tras caras ascéticas, atisbando mi aliento, mi pálpito agitados por quién sabe qué sueños, o qué enfermas visiones...

Oh Muros, Muros míos, con caras de lechuzas, con almas de ataúdes, sin luces, sin canciones, todo dolor, visiones de mis trágicas musas...

Muros de barro míos forzosamente tétricos: ya puede el sol vestiros con sus mejores galas, ya puede acicalaros el bello día espléndidos, no sabréis otro idioma que el de las negras alas de los cuervos, los tristes pájaros desdichados.

Así sois, así fuisteis, Muros de barro míos... Muros de barro míos estúpidos, callados, recónditos, obscuros, inmóviles y fríos...

LA ALFOMBRA

Pero... ¿qué digo? ¿No me lo has enseñado ya?... Sí, Padre mío. Mi débil inteligencia se inundará de luz, y esto será cuando el primero de los hombres asiente sus pies en la última de las estrellas.

—Y tú, mi engalanada Alfombrilla coqueta' no vas a decir nada a tu hermano poeta?

—Hombre, genio maravilloso, brujo sublime, rey, criatura fantástica del Soñador inmenso, corazón hipertrófico del Cosmos, alma del Universo, luz:

Perdida en el barullo vesánico y primero que en la noche insondable provocara aquel «hágase» de Dios, tuve un palpito atómico de que tú surgirías, descomunal infante bajo el celúrico dosel, para hacer de los mundos la escala portentosa que te llevara a El. Tuve un presentimiento de que aquellas esferas vírgenes, rumorosas, colosales, rebeldes, que una por una íbanse desprendiendo del todo para rodar sumisas en la elipse marcada por el Ordenador, eran la firme grada de cada paso tuyo en la inconmensurable, mirífica, divina, soberana ascensión! ¡Supe maravillada la fuerza de tu espíritu; me pasmó tu grandeza lumínica y fecunda, admiré la constancia serena de tu brazo y el poder infinito de tu cerebro augusto y me juré de entonces, respetuosa y humilde, tenderme para siempre bajo tus regios pies!

EL TUMBADILLO

A Juan Guillermo Draper

Creo en Ti, te adoro y, puesto que eres un dios negro, alumbraremos en Ti.

¡Oh, viejo Tumbadillo de tocuyo encalado! ¡Cuadrángulo tendido sobre las cuatro aristas de aquestos cuatro Muros!...

¿Qué guardará la sombra que sobre ti se encoge misteriosa, embrujada, poblada de alimañas horripilantes, sórdidas, obscuras y noctámbulas?...

A veces, en mis noches angustiosas de insomnio, he oído susurros insólitos, extraños... y yo no sé qué voces, qué escondidos murmullos... murmullos de la sombra, voz de lo impenetrado, leves ecos que dicen cosas de ajenos mundos en las noches silentes, mudas y solitarias... ¡Qué secretos me ocultas, oh Tumbadillo, dílo! ¡Oh retazo de tela con espinas prendido sobre las cuatro aristas de aquestos cuatro Muros!

«Morir... Dormir... ¿Dormir? ¡Soñar acaso!»... ¡Soñar acaso?... ¡Nada, nada dice Ultratumba!... ¡Oh, bóveda celeste, diáfano tumbadillo de la Tierra, recónditol... ¿Subir?... ¿Subir a ti?... ¿Tenerte?... ¿Subir y poseerte todo luz, todo incendio, rasgarte, pene-

trarte, desmenuzarte, amarte, ser dentro del espacio llama eterna, omnisciente!... ¿Verte, sentirte, oírte, palparte, comprenderte?... Quizás... ¿O acaso dejar en el guiñapo putrefacto de un féretro la llamita postrera que este camino alumbra, este corto camino miserable y enfermo?... ¡Qué nos ocultas, dílo! ¡La infinidad celeste de tu bóveda arcana es un fraude ciclópeo, nada más, no lo niegues, maravillosa jaula de diamante, coraza invulnerable del más probado acero!... ¡Qué nos ocultas, dílo, oh retazo de cielo con espinas prendido sobre los cuatro Muros de lo desconocido!

Pero no. ¿Yo estoy ciego? ¡Cobardía!... ¿Por ventura eres tú quien va a aplanarme en este pobre islote del espacio? ¿Por ventura eres tú quien va estrecharme en un grano misérrimo del Cosmos? ¿Por ventura eres tú quien va a impedirme subir, subir inconteniblemente?... ¡Sombra descomunal que así me huyes: he de arrancarte el corazón, te juro! ¡He de saciar mi sed inextinguible en tus lenguas de fuego misteriosas! ¡César del Firmamento, he de sentarme al banquete de luz que me prohibes!... ¡Y quieres saber cómo? Pues escucha: mírame diminuto, despreciable en el piélago azul del Universo... ¡Pues bien, así pequeño y así pobre, desfondaré el abismo que alardeas! ¡Tengo dentro de mí la fuerza, ríndete, la ciega catapulta de mi brazo y el arco invicto de mi pensamiento! ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera, oh jaula de zafiro, oh coraza de hierro, oh retazo de cielo con estrellas prendido sobre los cuatro Muros de lo desconocido!

LA PUERTA

A Maeterlinck

> Llegaremos hasta Ti, no lo dudo. He gozado ya el ensueño de tus perfecciones en la gloria de la naturaleza con que te dejas adivinar. Obscurécete, Dios mío, hazte arcano para que tengamos merecida la dicha de conocerte buscándote...

¿Y tú, mi Puerta, no me cantas nada? ¿Acaso ignoras el cariño mío?... O tienes por ventura algún hastío que no te deja hablar?... ¿Por qué cierras avara tus dos hojas? ¿Por qué me privas de la aurora, di?... Ah, ya comprendo... Tanto girar sobre tus goznes, claro, has acabado por cansarte. ¡Mira por la Ventana cómo luce!... ¡Mira el incendio de los montes! Abrete! Sacude tu marasmo. Desperézate. Que ya el aureo diluvio nos inunda; que ya es el nuevo día y a porfía voltean alas y alborotan trinos; que ya destacan su perfil las cosas; que ya perfuman húmedas las rosas; que en el techo de enfrente ya no hay buhos; que todo es golondrinas... ¡Abrete! ¡Me matas de inquietud! ¡Por favor, ábrete! Necesito expan-

dirme de contento en el gran despertar. ¡Necesito saltar y revolcarme, gritar con tanta fuerza que las piedras, así insensibles, así muertas, frías, salten también, se quiebren, canten, rían! Necesito morir de de un estallido... Abrete. Yo te imploro. Escucha. Habla... Que no puedo ya más esta tortura... Abrete. Yo te juro que mañana voy a cubrirte del más bello esmalte, voy a volverte azul como ese cielo que no me dejas ver; voy a vestirte del más lindo enchape que tú puedas querer; voy a... Mas, ábrete!...

¡Egoísta, perversa, te aborrezco! Y he de verte gimiendo de dolor en un horno enllamado y crepitante, más rojo que el infierno, más terrible... ¡Oh, cómo! ¿Pero he dicho?... No, es mentira... Si yo te quiero tanto... Tú lo sabes... Si tú todas las noches me proteges contra el viento y el frío... Tú eres buena... Pero has de perdonarme, ¿no es verdad? .. ¡Oh, sí! Si ya te abres! ¡Si ya ríes! ¡Si ya el bullicio de mis calles oigo! ¡Si ya el bicornio de mis cerros miro! Y el tejado, los pájaros, los árboles!... Aquí está mi palmera preferida y aquí mi limonero...

Gracias, Puerta, querida hermana Puerta. Siempre fuimos buenos amigos, lo seremos siempre... ¿Verdad, hermana mía?

(Y doce horas de sol y de bullicio han transcurrido ya. Y aereo paréntesis ha tendido sus arcos luminosos en torno a un cielo azul y un campo verde. Es la hora del bostezo, la del grillo, la del último trino, la del beso...)

Descansa, Puerta, adiós. Duerme tranquila, que otra vez desvanécense las cosas; que no perfuman ya las tiernas rosas, que en el techo de enfrente ululan buhos, que nada es golondrinas. Ciérrate...

EL LECHO

A Herberto Jorge Wells

... ¡Oh, pero cuánto nos falta para conseguirla! Consuélame mientras la busco, con la ilusión de verte mío; alimenta los paseos de mi imaginación en el país del sol dándole, para su contento, las más lindas visiones, los más rosados espejismos...

¡Tú, la nodriza de mis ensueños, tú, la más blanca, tú, la más buena, la cariñosa, la sin igual! Ven, acaríciame... duérmeme... llévame... bésame, súbeme... tómame, cántame...

¡Oh, la nodriza de mis ensueños!... ¿Cómo decirte que yo te quiero? ¿Cómo decirte que por ti muero?... Muero de sueño... Dulce eutanasia que tú me brindas sin vacilar... Si eres el lecho donde, en connubio con los fantasmas y con las cosas, hice mis rosas, pinté mis cielos, levanté enormes castillos fieros, soñé con alas de mariposas primaverales; bajé a las simas más horrorosas... trepé a los montes más escarpados... Si en tu regazo de madrecita dulce, mimosa, se adormilaron cansadas, lánguidas mis ilusio-

nes. ¡Las infantiles!... Las palidùchas niñas bonitas, las más sutiles!...

¡Oh, la nodriza de mis ensueños, ven, acaríciame, duérmeme, llévame, bésame, súbeme, tómame, cánta...

con lo más colosal del pensamiento. Yo quisiera deciros...

¡No, yo quiero!... Hasta aquí mal he dicho... ¡Porque acabo de oír la voz del Cosmos en el voltear enorme de sus mundos!... No perdáis ni una sílaba siquiera, ni el mas tenue sonido... Os lo voy a decir Guardad silencio. Detened el tremor de vuestros átomos. Unid a mi cerebro vuestro espíritu. Callad... *¡Vosotras sois!*

EL PAPEL-TAPIZ

A Gustavo Le Bon

> . . . Pero quiero pedirte que no sea yo solo quien lo sepa. Haz que lo aprendan todos los hombres; que no enciendan sus luces de bengala en la noche soberbia que te esconde . . .

¿Y tú?... Qué quieres?... ¿No te defiendes?... Habla. A esos Muros, los míos, estúpidos, callados, recónditos, obscuros, inmóviles y fríos, a esos adoro yo... ¿Por qué los recubriste con tu mentida farsa?... ¿Por qué te me interpones entre la sombra y yo?... Habla... Tú... ¡Cobardía! Religiones pegadas con engrudo al arcano, delirios de papel!....., ¿Tus lecciones? Conozco... Y tu historia también...

... Si aquí está, en tus dibujos, toda elocuente, absurda, la más extraordinaria pesadilla ensoñada tal vez cuarenta siglos, tal vez ochenta, cien... Ya la veo en las formas que tus figuras cobran. Ya el milagro está aquí.

La tarde es una orgía de fuego en las mezquitas; sube al Gólgota férvida la voz de los muecines y... ¡oh, prodigio! Oh, locura de la humana inconciencia. ¡La corona de espinas es corona de anémonas y

la boca apostólica liba el goce carnal!... ¡Los muslos sacrosantos, los castísimos muslos son, fuertes y robustos, las piernas de un indómito macho deslumbrador!

... Y desfilan la rubia, la negra, la morena; la flébil, la exquisita, la de ojos de gacela; la ardiente, la briosa que se bañó en el Nilo; la que tiene una almendra donde se ruboriza de competir el sol; la mimosa dulcísima como todas las mieles; la gallarda, la altiva, la de ojos babilónicos... Y está Jesús, el manso, que ya no puede más.

Y entonces, del arcano resonante y profundo, surgen, delirio extraño, las fauces del dragón. Brotan de los rincones mil complicados monstruos de todos los colores y de todas las formas.... Y la carne rosada, la celeste poesía, las frescas, las sabrosas hijas del Musulmán son pasto de las hórridas cerebraciones chinas... Y no valen al Cristo sus milagros del mito, y hasta Luzbel, el diablo—¡pobrecito!—agoniza entre los poderosos anillos de la bestia—(estaba inofensivo royéndose las uñas, esas hermosas uñas prestigio del infierno, y hete aquí que la fiera, sin un ay, lo tragó)...

... Y es el tapiz batalla de insólita bravura. Pero nada conjura la rabia enloquecida, y triunfan los vestiglos. Y, sobre el campo dómito, hipnotizan fantásticas, llameantes, terroríficas las turbias creaciones que en el cielo abortara mongólico señor...

... Y repentinamente llega, no sé de donde, obscura, maloliente, arrolladora, bárbara, montaña nunca vista de estrepitosas aguas.

El Ganges ha salido de madre y esta vez precipita y envuelve y estruja y despedaza los palpitantes miembros del trágico campeón.

¡El Ganges ha vencido!

Ha desaparecido la mueca del deseo!
Ya no hay carne, no hay goce, ni tampoco *dolor!*

Y han rodado los tiempos.....

¿Y, ahora? Siglo Veinte. ¡Sobre el tapiz, llenándolo, me mira vengativa, y a ratos cariñosa, la cara de mi padre trocada en aureo sol!... ¿Es mi padre?... ¿Es el sol?...

LA DESGARRADURA DEL PAPEL - TAPIZ

A Giordano Bruno

> . . . echa a sus dioses cobardes
> de tu templo. Ocúltate para
> que mejor te veamos . . .

Ayer buscaba un verso, cualquiera bella cosa para olvidar algún dolor, y me gritó del muro, con altiva palabra, una desgarradura del tapiz!...

—Escúchame, Poeta, yo, como tu Ventana, tu Mosca y tus Cerillas, he de también decirte mi cantar y mi símbolo.

Yo soy la Muerte, la Verdad y el Tiempo. Yo tengo la nobleza de la sinceridad. Yo soy Naturaleza, yo soy Perversidad. Yo he destruido tu obra con mi descarnadura. Yo, en esta vestidura que cubre el sucio barro, he puesto de lo viejo la torpe novedad. Yo soy herida y, como tal, dolor. Yo soy la incubadora de horribles alimañas, y el sostén de sus redes, y el obscuro escondrijo en que acechan la pieza. Yo tengo forma, tengo color, y, antes que me recojas de este suelo, en mí ha latido el germen de la vida... Por eso he sido corazón...

Yo soy la muerte porque, como ella, sé desnudar.

Soy la Verdad porque, al mostrarme tierra, te obsequio el bien de conocerme.

Yo soy el Tiempo porque su mordisco me dio el sér.

Yo soy Naturaleza porque adivine con el viento y el mar y con la estrella.

Yo soy el Mal porque tenaz destruyo...

Yo soy herida porque de mis labios gime la realidad de lo que sufre al terminar, al renunciar...

Y, por fin, en la brecha que soy de estos tapices, yo soy sincera porque quito el velo para mostrarme a ti como me hiciste...

LOS CROMOS

. . . para que te cantemos en todos los idiomas de nuestra alma, tal como eres, y, para que amándonos en el Arte, te amemos . . .

Cromo parlero, bullicioso, triste, enojado, juguetón; figura blanca adolorida; figura roja enamorada; figura negra entristecida; figura azul toda ilusión. Lengua sutil de nuestras almas que nos conversas en tu idioma con el idioma de la luz.

Gesto en la punta de una tiza, y, de un pincel en el extremo, corazón...

Luz: alborozo y alegría...

Penumbra: ensueños y palomas...

Sombra: cipreses y dolor...

Eres, boceto de una niña, cara de bruja, sol de otoño, río, pradera, monte, arbusto, eres un valse, eres un *huaiño*, una sonata de Beethoven, una rapsodia, una canción.

LAS ARAÑAS

... Señor del Abismo, barro del Universo y carne mía: Has puesto el mal entre nosotros; has puesto la discordia, el odio, la mentira, la lujuria, la cólera, la gula, la envidia, la avaricia; has puesto el error entre nosotros. Bienvenido sea porque en él florecerá la rosa del consuelo. Bienvenido sea porque eres Tú, el Supremo Ordenador, quien entre nosotros lo alienta...

¡Ya surgen en la noche del gigantesco Enigma las ocho patas pérfidas! ¡Ya bajan por el muro los vestiglos del Mal!...

¡A qué venís, Arañas, a qué venís, decid!... ¿Por qué me perseguís con tanto ahinco? ¿Qué pretendéis de mí?...

Volved a vuestra sima; idos, negras Arañas, negras como las sombras de donde habéis venido. ¡Abortos repugnantes! ¡Pegajosas verrugas de los muros quiméricas, escondeos, huíd a lo más tenebroso del vientre que os pariera! ¡Idos! ¡Huíd! ¡Huíd!...

¡Habitad vuestras ruinas y vuestros desolados rincones oprimidos donde cantan los grillos y fugan los lagartos, donde no alumbra el sol! ¡Vosotras ha-

béis traido los estafilococos, y las espiroquetas, y los bacilos todos de todas las gangrenas! Vosotras habéis traido la falacia, la envidia, la traición, la mentira, la cólera y el odio! ¡Vosotras sois la sierpe que habremos de aplastar! ¡Vosotras sois el Mal!

¡Y en vosotras, Arañas, se alimenta la llama del Bien y la Verdad

LA GOTA DE ESMALTE

A Newton

... Tú lo hiciste, así será...

—¿A dónde vas, Gotita de esmalte endurecida? ¿A dónde vas rodando sobre el tapiz, tan leve? ¿Por qué te gusta tanto la tierra fratricida? ¿No te fuera más bello remontarte a la nieve de las más altas cumbres, o esconderte en el seno de una de aquellas nubes blancas, maravillosas, que surcan el espacio y alimentan el trueno?... Arriba, incendios fúlgidos... Y aquí, erizadas rosas... ¡Ven conmigo, Gotita, vámonos a las nubes!...

—Calla, blasfemo, calla, que ésta es la ley ahora. Busco mi centro y... bajo; buscas el tuyo, y subes... ¡Todo va en pos de aquello que la fuerza atesora! Yo, dentro de mi mundo, el mundo en su sistema, el sistema del mundo dentro de algún tercero. A su vez el tercero integra otro sistema... Y... así, hasta Aquel, el Centro sin mutación, primero...

EL ESTANTE DE LIBROS

A Comenio.

> ... Esto me has enseñado, padre mío, en tu Creación, y esto mismo los escritos de los hombres...

—¡Caramba con tus aires de señor potentado! ¡Con qué gran suficiencia paseas tu mirada en redor de mi Alcobal... Te diré que me dejas perplejo tanto orgullo... Tus hermanas las Mesas, tus hermanas las Moscas, tus hermanas las Sillas y tu hermana Ventana, tus hermanos los Clavos, la Puerta, las Arañas... están profundamente disgustados contigo. ¿Qué títulos te yerguen de tan altivo modo?

—Pues bien, voy a decírtelo, ya que tanto lo exiges... Yo llevo en mis entrañas todo el saber humano. Están mis anaqueles colmados de tus libros. Soy el arca funesta de Pandora... Palas viene en mi busca diligente y Moisés en mis tablas ha esculpido las tablas de la Ley.

Soy el cofre en que inmóviles y tiesos, alineados en largas filas múltiples, el libro casto de Jesús profeta y el libro de Lenín apocalíptico, el libro soñador de Wells poeta, el substancioso libro de Derecho, el de la radio-técnica asombroso, el de pintura,

música, el de historia, el de uranografía y biología... el alígero libro de la vida—novela heroica y cuento enardecido de innúmeras pasiones inefables —te dicen cuanto sabes, cuanto tienes, cuanto puedes saber, cuanto ambicionas y cuanto afirmas conocer del mundo, vanidoso y audaz...

Yo soy el arca de donde has extraído virtud, sabiduría y experiencia...

Mas, por si fuera poco lo que acabas de oír, oye mi historia:

Yo conservo latente, vivo aún en mis fibras, el misterioso espíritu del monte, el arrullo del viento y el murmurio del río, el rugido del puma y el retozo del ciervo...

Recuerdo todavía los bellos tiempos idos...

Yo era entonces la encina más vigorosa y fuerte de toda la comarca. Mis innúmeros brazos tendíanse al paisaje con insaciable anhelo de cubrir todo el cielo. Las gentes se paraban atónitas a verme. El viento me quería... El muy travieso viento... ¡Cuántas horas felices gozara su contento!... De quebrada en quebrada, de la llanura al pico, de la campiña al tajo y del tajo a la playa, del abismo a la cima, de las nubes al suelo, aventando palomas y sacudiendo copas, hurtando aquí unas hojas y allá quitando un nido, era el viento querido, mimado, arrebatado por nosotras...

...Pero yo era su hermana preferida. Desde lejos veía mis enormes tentáculos dispuestos al capricho de mi naturaleza imperiosa, salvaje, dominadora, hercúlea, y lanzábase en ellos al caer de la tarde rendido de cansancio, sudoroso de perlas de rocío, cansino y agotado... Lo estrechaba yo entonces a mi rugoso seno y, silenciosa, dulce, suavemente mecía-

lo... Cantábale unas cosas que sólo yo sabía hasta que en mi follaje, vencido, se dormía...

¡Oh, tiempos! Pero ahora no estoy menos contento, te lo prometo. Guardan mis fértiles entrañas el único instrumento con que podéis los hombres tener en vuestras manos las estrellas: los Libros!

LOS LIBROS

A Juan Gutenberg

... esto me han enseñado los libros...

—Hombre, rey, avatar hecho lumbre en la tierra, grande y sabio: ¿En qué fuentes bebiste el saber?

—En los libros...

—¿Por qué senda alcanzaste el amor?

—Por los libros...

—¿Qué maestros te dieron la luz?

—Pues los libros...

—¿A quién debes el sol de tu ciencia?

—A los libros...

—¿Con qué amigo aprendiste el dolor?

—Con los libros...

—¿De qué cima abarcaste ese mar?

—De los libros...

—¿Sobre qué galopante corcel ascendiste para haber comprendido aquel sol?

—Sobre un libro...

—¿Desde qué ventanuca o rendija miraste que en tus ojos hay tanto esplendor?

—Desde un libro...

—Entre qué iluminados profetas viviste que no hay nada ignorado a tu paso?

—Entre libros...

—¿A través de qué mágica lente sondeaste el arcano profundo?

—A través de los libros...

—¿Ante qué luminosa fogata vibraste enllamado que no hay nada a tus gracias vedado?

—Ante un libro...

Libro azul, genital y fecundo, mi Libro:

Ven, recíbate el alma temblando de unción. ¡Dulce, fuerte, mirífico, ven; dame tu sapiencia, mi sed te lo implora! ¡Dame tu justicia, mi hambre te llora! Dame tu justicia, tu serenidad, y tu fortaleza, y tu santidad. ¡Ven, hermano mío, tú no has de negarme la felicidad!

EL LAVABO

... Hay que caer para levantarse, hay que sufrir para gozar. ¡Azótame, Padre mío, con flagelo inexorable!...

—¿Judas?... ¿Qué quieres? ¿Qué pesar te aqueja?.. ¿No te han pagado en oro suficiente lo que pesó tu negra felonía?

—Oh, sí, hermano, mas vengo arrepentido. Sé que soy un rufián, pero te pido un consejo, una voz que me redima... Me apedrean los chicos de la calle, me persiguen los perros, me consume la espantosa visión de mi pecado... ¡Oh, ya no puedo más! Tú eres mi hermano... Perdóname y ahuyenta mi tortura.

—... Está bien, Judas. He aquí el remedio: este licor de almendras cristalino limpiará la granuja de tu alma.

—¿Bonaparte?... ¿De Córcega?... ¿Quién eres?

—Yo soy el Gavilán, mi fiero encono abatió la riqueza y el prestigio, la gloria y el honor de cuanto hermano quiso alzarse a mi cumbre. Yo he robado. He mentido falaz y, en mi soberbia, he colmado de sangre tres océanos. Yo soy Emperador, pero a ti vengo cansado de vivir, solo, vencido...

—...Está bien, Gavilán. Para ti tengo esta pastilla de jabón; recíbela... Es de violetas, de las más humildes que en el jardín de la humildad se esconden.

—Y tú que así te cuelas, quién, pues, eres?

—Soy Tamerlán.

—... Pase el caudillo inexorable y bárbaro, pase el cruel, el fiero Tamerlán; el que arrasó comarcas y ciudades; el que, poseído de sañuda cólera, hizo rodar cien mil cabezas hórridas. Pase el chacal. ¿Qué quiere? ¿Qué pretende?

—Hermano mío, vengo perseguido por todos los espectros de mi culpa... Hermano mío, es mi desventura la que te busca para que te apiades.

—¡Calla, salvaje fiera de la estepa! ¿De dónde traes tanto desaliño en tu harapienta ropa troglodita? .. Anda, quítate el polvo del ancestro, que esta escobilla luce tantas cerdas como vanas palabras has tenido...

¿Hay alguien todavía en la antesala?... Pues, adelante... ¿Quién? ¿Mujer?... ¿Qué pide?...

—¡Soy Magdalena, hermano, Magdalena! Yo me arrastré en el cieno de la carne brindándome a quien quiso hacerme suya. ¡Yo bebí toda la lujuria humana con el ansia mortal del que quisiera darse un hartazgo de felicidad y no colmara su inquietud, su angustia, su sed horrible de gozar, no colmara jamás, jamás, jamás!... Soy Magdalena, hermano, Magdalena... ¡Dame la paz!... Yo quiero sonreir como María; quiero los blancos lirios de María, y quiero amor también, pero amor santo, lejos de Satanás.

—No es poco lo que pides, Magdalena, mas, voy a dártelo. ¿Ves este pomo? Es la pasta dentífri-

ca más cara que hembra alguna pudiera ambicionar. Es pasta de candor para que aprendas a ser sencilla, temperante y pura. Tómala, Magdalena, y lávate esa boca de ramera, que ella te sanará.

Y ahora, mis hermanos, Judas y Bonaparte, Tamerlán, Magdalena, venid, sentaos en contorno mío y escuchad...

Yo también, como Judas, he vendido. Yo también he robado y he mentido, como tú, Gavilán. Me he complacido en la tristeza ajena. Jamás la angustia y la congoja vuestras me debieron el beso de una pena... como tú, Tamerlán. ¡Yo he bebido también hasta las heces tu copa, Magdalena!... Pero nunca el sosiego a mi alma vino; nunca la saciedad me dio consuelo porque mi sed no tuvo saciedad...

Y apuré en vano todos los placeres... Tanta ruindad y tanto desconsuelo me volvieron en mí. Púseme a meditar hondo y sentido. Pregunté al sabio, al santo y al asceta; leí todos los libros de los hombres; me hice amigo de ancianos y de niños, y aquéllos, sabio, santo, asceta y libros, me enseñaron a amar, y me dijeron tantas, tan dulces y tan bellas cosas, que me llevé, a la postre, de los cuatro, este licor de almendras cristalino: fidelidad para no ser canalla; ese jabón de esencia de violetas: medestia para verme siempre humilde; y esa escobilla de punzante cerda: Piedad para saber que hay quienes lloran. Y me dieron los viejos y los niños esa pasta de argento milagrosa: candor, ingenuidad, celeste gozo.

Eso fué todo .. Y me diréis, hermanos: ¿Alcancé así la suspirada dicha?... ¡Oh, no! No la creáis tan dadivosa. Aquello fué lección y fué enseñanza, pero no más. Y entonces, al trabajo! ¡Hay que sufrir, caer, llorar, rodar; hay que agarrarse, pero mano

a mano, con la fatiga y el dolor humano, y, para estar seguro de haber sido pobre, desnudo, mísero, mendigo, hay que subir sin tregua a todo lo más alto que se pueda y lanzarse de allí, barranca abajo, procurando aplastar el corazón... para que duela bien, para que duela torpe, rabioso, penetrante, rudo! ¡Para que duela hasta el rincón!

—Sí, hermano, comprendemos, comprendemos ... Pero ese azote despiadado y crudo ¿dónde hallaremos? ¿Dónde está ese prodigio curandero, ese filtro, esa extraña panacea que nos hará tan limpios y tan puros?... Dánosla, que nosotros la queremos...

—Y que la quiero yo también, hermanos. Venid, seguidme, llena está la jofaina de la vida con agua de dolor. Lavémonos

LAS SILLAS

... pero déjame llorar cuando la tortura sea superior a mis fuerzas, y, si me das alegrías, déjame reir, Padre mío, déjame, y recibe esas alegrías...

¡Cuánto he corrido, Padre mío!... Veinte años ha que te buscaba donde mejor pudiera verte, y hoy te encontré.

No te conozco. ¿Tú eres él?...

Es que te veo tan deforme, tan desleal, tan fementido, tan despiadado, tan perverso, que no es posible, Padre mío, que yo te pueda conocer .. ¿No es ésta acaso—me lo han dicho—tu más perfecta criatura?... ¿Cómo es posible pues que hubiera modificádose tu imagen, cambiado tanto que resultes estar Tú mismo con aquél?... ¡Quiero sentarme, Padre mío, quiero sentarme en este gesto, en esta voz de mi extrañeza, en esta Silla de mi asombro, porque no acabo de creer!...

¡Pero si todo es egoísmo, todo mentira, todo encono, todo impiedad, perversidad!... Hay que ponerse un sobretodo de zorro gris o piel de oso... Dicen que tiene la virtud de congelar los corazones, y yo lo creo, Padre mío, porque ha venido desde el

Polo... Hay que pasársela sonriendo inalterable, inconmovible, imperturbable, tieso, estoico como una momia funeral. ¡Oh, si es horrible, es espantoso! Yo no lo puedo soportar...

Quiero sentarme, Padre mío, en esta Silla de mis lágrimas, quiero sentarme a descansar...

... Pero... ¡qué niño! Al fin de cuentas, ¿por qué te hiciera, mundo malo, la confidencia de mis penas...? Yo, como tú, puedo fingir. Yo, como tú, cara de yeso, puedo impertérrito formarme en tu bazar de maniquíes como otro tanto maniquí... ¿Es que te crees, por ventura, que yo no puedo sonreir?... Te desafío, amigo mundo, te desafío a sonreir... ¿No te parezco, dime ahora, tu más hermoso maniquí?

¡Oh, basta, basta, me has vencido! ¡Siento bullir por aquí dentro la tempestad, el aquilón, toda la vida palpitante de mi angustiado corazón! ¡Quiero reir a carcajadas, quiero llorar hasta morir! ¡Y qué me importa tu vergüenza, o tu bochorno, o tu altivez, mundo cobarde, necio mundo, si he desgarrado en mil girones tu petulante sobretodo, si no camino con tus pies!

¡Quiero sentarme veinte siglos en el sosiego de mis lágrimas, en el visaje de mi cólera, en la algazara de mi gozo y en el clamor de mi dolor!...

EL TARRO DE PELOTAS DE TENNIS

A Schopenhauer.

... recibe sobre todo mis dolores de hoy, mis desengaños de siempre, como el sacrifício que te hago en el altar de mi amor hacia Ti...

¡Tarro! ¡Tarro vacío de latón esmaltado! ¡Pobre despojo echado en un rincón umbrío!

Aqueste nuestro mundo siempre igual y monótono, por el dolor incómodo y por él tan fecundo, no es sino un «lawn» de tennis donde ha la mar de tiempo, fiero combate empeñan dos invictos rivales: el Bien, campeón ungido del ámbito celeste, y el Mal, el viejo y zorro luchador descreido. La red de duras cuerdas de una buena raqueta es la Suerte coqueta, ganes el juego, o... pierdas. Y nosotros, al borde de la vida, adolescentes, cándidos, confiados, somos el tarro que recién compramos con sus seis bolas en papel de seda, delicadas y blancas, nuevecitas: la amistad que ofrecemos al amigo; el amor que brindamos a la esposa; el cariño que damos a la madre; la ternura que damos a los hijos; el afecto que

damos a la Patria, y el fuego que alentamos por la gloria.

¡Súbito el día menos esperado nos destapa brutal la torpe vida con el tirabuzón de la experiencia! ¡Ya están las seis pelotas en el campo! ¡Ya para todas ellas es bien tarde! Ha empezado la fiera batahola!... Van de aquí para allá... como una bola, sacudiendo la red, hollando el suelo, torciéndose, zumbando amenazantes, cortando el aire, sofrenando el vuelo; vuelven, rebotan, bajan, suben, ruedan... Y otra vez, y otra vez, y mil de veces hasta que, rudamente machacada, la primera pelota hay que botar porque no puede más: está rasgada.

... Y así, uno por uno, vamos dando nuestra media docena de balones: la amistad que ofrecemos al amigo, deshecha en el dolor de una mentira; el amor que brindamos a la esposa, apagado en el mal de la rutina; el cariño que damos a la madre... también rasgado por la muerte impía; la ternura que damos a los hijos, por negra ingratitud adolorida; el afecto que damos a la Patria, exhausto y frío en el desdén de todos; y el fuego que alentamos por la gloria... en ceniza y miseria convertido... Hasta que, enfermos del más hondo hastío, muertos al Bien y al Mal, carne de tumba, a la postre ¿qué queda de nosotros?... El pobre tarro de latón, vacío.

EL VELADOR

A Jesús, el gran amador

... Señor del Abismo: puesto que te amamos, puesto que te deseamos, puesto que queremos llegar a Ti, ayúdanos a comprendernos, a enlazar nuestros corazones en abrazo íntimo, a borrar fronteras de odio; enséñanos a execrar la guerra...

—Hermano, hermano Velador, no sé lo que me pasa en esta noche, que no puedo dormir. Cierro los ojos, pero es inútil todo empeño. Siento no sé que miedos, qué desasosiegos... ¿Será talvez la soledad, hermano? ¿Será el silencio?... Pero tengo miedo... ¿Por qué no quieres distraerme? Cuéntame cualquier cosita de las que tú sabes... Hazme olvidar esta inquietud...

—¿Y por qué no? Voy a decirte mucho más que un cuento. Voy a decirte algo que, sin duda, ha de admirarte más de lo que pienses.

Yo sé, porque soy brujo, sé que ha tiempo andas buscando la mejor manera de dar al hombre condición segura; la mejor manera de llenar su mi-

sión bajo el Supremo Dios que lo hizo a fin de que triunfara por sobre toda la naturaleza, por sobre todo lo inconmensurable de las montañas y de los abismos, de las estrellas y de los planetas...

Pues bien, esto que buscas no está lejos de ti, no está tan lejos como talvez ahora mismo crees. Algo más te diré: yo soy el símbolo. Yo, materia sin vida, inerme, huérfana, tengo la clave de lo que pretendes y, conociéndola, la pongo en práctica dentro de mí, y para mí, conmigo.

«¡Crear! ¡Crear!» es el eterno grito que oigo brotar de tu garganta agudo. ¡Crear, crear, crear!, lo que angustioso obsede tu cerebro y tus sentidos... ¡Crear! ... Palabra inmensa, quintaesencia de la única moral, de toda ciencia.

Aquí, donde me ves, soy la enseñanza. Aquí, donde me ves, inútil, feo, superfluo, tosco, viejo, desollado, soy el libro que nunca has encontrado ni encontrarás en biblioteca alguna... ¿Cómo imaginas tú que yo mantengo la integridad, el molde de mi forma? ¿Cómo has pensado tú que yo sostengo el paralelepípedo celeste de mi sér hecho al goce de tu vida? Dime tú, ¿cómo piensas que yo ostento esta unidad cuadrangular y ruda, tan vieja como tú y como tu padre, y como tus abuelos y los suyos, dos, tres, cuatro, hasta seis generaciones?...

Es la mía una fuerza incontenible: la solidaridad de mis moléculas, esa potencia que, en estrecho abrazo, ayunta vigorosa, extraordinaria los millones de partes que me integran—¡millones mil, y más que mil, no hay número!—, que pueden elevarse sobre el suelo en una vertical inconmovible, pese al fluído enorme geofísico, capaz, sin esa fuerza, de aplanarme.

Soy el amor que el buen Jesús dijera, en cuanto soy unión profunda, fuerte, en cuanto nudo soy del microcosmos molecular que así me constituye.

La razón pues, de ser, de mi existencia radica en esto, escúchalo suspenso:

Asociación tenaz, completa, íntima de los ápices todos que me forman. Sin ella no soy nada, nada puedo, porque habría de haberme eterizado como gas, como nube, como humo. Con ella soy lo que tu ves, soy algo... Poca cosa, es verdad, pero tan sabia que en mí recoges lo que muchos siglos y muchos hombres ignoraron mudos: el principio frontal de mi existencia, la condición ineludible, única para poder crear y ser potente, para poder llegar a El. ¡Una gran sociedad!... ¡Busca la tuya, realiza la que a ti te corresponde fundiendo razas, pueblos y naciones en un común sentir, en una idea y en una sola voluntad!...

LA ESCOBA

Ayúdanos, Padre mío, a remozarnos, a sacudir nuestras viejas y empolvadas ropas.

Es tempranera la ruda escoba, y, aunque está rota y está muy vieja, sigue barriendo con entereza cuando se extingue la última trova y anuncia el gallo la luz primera; cuando en la acera brinca el can útil y bondadoso; cuando el alero con alborozo, lanza radiante su primer ala y lucen gala los arreboles del gran bostezo crepuscular.

Aquella escoba que hace ya tiempo cuida prolija cual buena madre (por más que el galgo se enoje y ladre) la piedra húmeda de la calleja, aquella escoba sabe la historia del genio malo y el hada suave, y dice siempre con vanagloria que los fantasmas son sus amigos, que ellos le cuentan, negros testigos, todas las blancas apariciones; que ellos se filtran por las rendijas de los postigos y en los misterios de los rincones duermen la vida de su estrambótico mundo ancestral.

¿Qué hace la escoba por las mañanas escudriñando tan minuciosa los quicios negros, las telarañas, los musgos húmedos del callejón, los agujeros, alguna losa medio arrancada de su alveolo, los intersti-

cios del empedrado donde los niños suelen jugar? ¿Qué hace la escoba? ¡Busca un dedal!

Es que en las tardes, si el sol declina, la bullanguera masa harapienta, la parlanchina niña mugrienta y el amiguito díscolo y vivo, borran el ceño de la calleja con la alegría de su alboroto y el ritmo roto de su cantar. La más traviesa de las nenitas venda los ojos al más travieso de los rufianes, y luego agrega:

—¡Gallina ciega!

—¿Tojtorojtoj?

—¿Algo has perdido?

—Algo he perdido.

—¿Qué ha sido ello?

—Fué mi dedal.

..... Y, como nunca se lo hubo hallado, la escoba busca, busca la joya, busca incansable todos los días la pobre escoba que ya está vieja de tanto empeño por encontrar.

¡Oh, Escoba buena, sigue barriendo! ¡Oh, Escoba santa, sigue buscando! ¡Que nunca encuentres aquel dedal! ¡Que la caricia de tus antenas libre a la calle de todo mal!... ¡Mal de la hora, el incurable mal de pasar!... ¡Que tus antenas limpien el polvo, la insulsa pátina, la telaraña, la desolada ruina senil!

Escoba santa, lustral Escoba, rencor te debe guardar el tiempo, pero prosigue tu roce—aurora y no te importe la eternidad cara de bruja nonagenaria, que si ella es vieja, sucia y cansada, tú, con la magia de tus cuidados y tus ternuras, le darás vida, la vida nueva de lo sencillo, de lo exquisito, de lo sin mácula; le darás ropas de albo esplendor, un vaso de agua y un reluciente y aureo bastón.

LA LAMPARA ELECTRICA

A Juan Escoto Eriugena

Sí, Padre mío, queremos llegar a Ti. Tú me entiendes porque Tú, al despertar en el firmamento, me encendiste el impulso sagrado que me lleva a buscarte. No importa que, encontrándote, desaparezcas en otra noche más honda que la que hoy nos envuelve. Ya volverás de nuevo al despertar de tu Creación para de nuevo darte en nosotros el goce de buscarte, la dicha de contemplarte inefable y maravilloso. Ese es, por los siglos de los siglos, tu destino en nosotros, nuestro destino. Gocémonos.

Goce, placer, felicidad: deseo.

Desengaño, dolor, hastío: triunfo.

Lámpara incandescente de la vida: bombilla de cristal de mi deseo; hilo de luz con que Verdad lo enciende.

Hilo de luz:

Habré de hacerte mío aunque, al quebrar la bomba que te cubre, sangren mis dedos y tu luz se extinga... Encenderé otra lámpara y por ella volveré a perseguirte. ¡¡Quiero vida!!

LA MOSCA

A Edison, el gran Constructor

Gocémonos contemplándonos. Gocémonos golpeando, hasta que se quiebre, con los élitros de nuestra inteligencia el duro cristal de tantos obstáculos como tenemos que vencer.

Un barullo de líneas en el cono de sol...

... Y el élitro vibraba con murmullo monótono describiendo saetazos su vientre tornasol. De pronto la insolente se posaba en un libro, hundía la pequeña cabeza triangular, con tres patitas débiles mantenía equilibrio y, acariciando el arco de sus ojos convexos, insultaba a la foja con un negro lunar. Después se remontaba al blanco tumbadillo y de nuevo emprendía su interminable vuelo susurrando no sé qué místico cantar... Cantar a la vidriera que fuera todo el cielo para su pobre vida gris; cantar a la penumbra de una cortina quieta; cantar a la barriga de alguna porcelana, o al cuello de un florero de resbalosa piel... ¡Cantar, cantar eterno al cáliz seco y frío de cualquier amapola de papel!... Cantar a la figura de la vieja ya muerta que con un ojo vive su extraño mundo negro: el corvo garfio oculto y la pata

viscosa que surge inusitada por la pupila tuerta cuando tiembla el telar ..

Cuánto miedo le inspiran al pobre animalejo las cosas polvorientas, los rincones umbrosos...

Por eso nunca al cuadro se acercó el ala diáfana que musita sus penas detrás de los cristales golpeando en su aleteo la plancha inexorable, la vidriera que fuera tan pobre cielo, tanto, para tan grande afán.

Tu vida, insecto mísero se detuvo en la alcoba, y siempre has de encontrarte con un cristal azul... Por más que hayas bebido la miel del rizo de oro y hayas acariciado la mejilla lozana; por más que fueras, necio, amado confidente de una flor de papel; por más que huyas débil de la pata viscosa y el garfio repugnante, y por más que voltees en todas las penumbras y con todas las luces, has de ser siempre triste detrás del cristal frío y has de vivir así, quejándote.....

EL RELOJ

A Raimundo Lulio

Y dame valor en este trabajo, dame paciencia porque, aunque sé que mañana serás mío, me rinde a veces el esfuerzo de buscarte...

—Hermano Reloj, amigo sin par, ¿dirásme por qué me mata de sueño tu eterno compás?...

—Tic, taque, tic, taque, tic, taque, tic, tac...

—¿No entiendo, me oyes? No entiendo ...Quizás te hubieran fundido con jugo de anémonas... ¿Quizás?

—Quizás...

—¿Quizás un rayo de luna te hubiera dejado fluídos hipnóticos...?

—Tic, taque, tic, taque, tic, taque, tic, tac...

—Comprendo... ¡Verdad!... El tiempo, me dices, el tiempo tampoco descansa jamás... ¿Jamás?...

—Jamás...

—Hermano Reloj, amigo sin par, ¿dirásme por qué me llena de pena tu leve compás? ¿La noche te enseña su rara tristeza? ¿La luna te infunde su

tisis mortal? ¿Las sombras te muestran su exótico arcano luctuoso, claustral?

—Tic, taque, tic, taque, tic, taque, tic, tac...

—Hermano Reloj, amigo sin par, mil vidas segaste, mil tumbas colmaste, mil cosas supiste testigo curioso y escéptico, forzoso, puntual. Hermano Reloj, amigo sin par, dirásme por qué...

...¡Impaciente! ¡Calla! ¡Calla, ve y espera! Mi ignoto ruido, mis tenues acordes, mi voz son algo vedado, lejano, profundo. Ahora no sabes, no puedes sentir. Calla, ve y espera, que acaso algún día sabrás lo que ignoras. Y... en tanto, desgrana, desgrana tus horas... Mañana sabrás... Mañana sabrás... Mañana sabrás...

—¡¿Mañana?!

—Tic, taque, tic, taque, tic, taque, tic, tac.....

EL CLAVO

A Eugenio Burnouf

...y levanto, en medio de mí y de la verdad, un torpe y sacrílego remedo suyo...

Clavo de hierro, duro en tu porfía, forjado a golpes de pesada comba, ¡cuántos ecos dormidos tu rimbomba en la calle del pueblo asustaría!... De tu voz el estrépito recuerdo cuando, a los golpes, tus doradas chispas, como de una colmena las avispas, repartiéronse en loco desacuerdo...

Así, carne de infierno resobada, hijo tenaz del fuego y de la tierra, había de parirte la tostada mano sudosa que el martillo aferra... ¡Cuánta humana miseria innominada toda la historia de tu vida encierra!

¡Clavo de hierro, viejo, carcomido, volcánico residuo milenario, vapor de un cataclismo planetario que en el cósmico seno fué perdido!... Yo quisiera saber dónde dormiste el sueño eterno de los siglos idos... ¡Tú latiste los prístinos latidos! ¡Tú las primeras formas conociste!...

¡Espiración teosófica de Brahma; parte del Todo

espiritual y enorme; ignoto, cabalístico anagrama! ¡Yo sé que antes de que Dios te informe fuiste dentro de El la misma llama! ¡No te creó consigo disconforme!

Clavo de hierro, generoso, mío: He de colgar en tu cabeza chata un crucifijo medioeval de plata que ostentará la efigie del judío taumaturgo, filósofo y poeta. El, humanización del Misterioso, aprendió en ti, sin duda, cuán brumoso es el abismo de la Negra Meta; mas, su piedad y su imprudencia audaces crearon un señuelo de fantasmas tan bellos como turbios y falaces...

¡Clavo de hierro: que harto castigases tal hazaña, comprendo, mas me pasmas con el hondo silencio en que te places!

LA PLUMA

A Paracelso

... me rinde el esfuerzo de mis ansias de verdad nunca satisfechas...

—Detén tu carrera, Pluma, y dime la fantasía que has forjado en tu vivir.

—Vida mía... La ignorada neurastenia de mi eterna correría por buscar y por cantar... Ayer fuí de un ala rota y hoy me extraen con picota del vientre de una montaña. ¿Mi símbolo? Una lira y un infinito desfile de puntos; la cabeza de la Esfinge en una interrogación:

¿.....?

Ah, Poeta... Los anhelos y los triunfos, y los sueños y los versos de tus pasados hermanos y tus hermanos presentes, de sus horas refulgentes y de sus tiempos adversos están en mí... Y en el estrecho canal de mi diminuta forma reside el verbo de amor y el que divide y destruye. Ese líquido azabache en que baño mi metal se llama «tinta» y me sirve para dibujar un signo: el garabato omnisciente: ¡la palabra!... Y, en el ciego clamoreo de mi agitada contienda, voy cantando una leyenda: «La Leyenda del Curioso»..., de un curioso empedernido, perseverante

y audaz, cuyo anhelo sin frontera se prolonga en su carrera, sin cesar... Ah, Poeta, ¿sabes que tu hermano, el bípedo, si se traga el Infinito, con seguridad te dice «¿¡tan poquito?!»...

Tal es la razón eterna de mi eterna correría y tal es la vida mía. Adiós, Hombre.

—Gracias, Pluma.

LAS CERILLAS

A Galileo

Dame también valor para buscarte desinteresadamente porque bien conozco la ingratitud y la ceguera de los hombres. Dame valor; démelo yo.

¡Cuántas veces al veros, Cerillas, chamuscadas, inermes, perdidas en cualquier quebradura del suelo, he pensado que disteis un día vuestra llama a los hombres y al cielo!

¡Cuántas veces al veros, basuras en el fondo de la salivera, he pensado que fuisteis hoguera para el pobre sin pan, sin abrigo!

¡Cuántas veces al veros tan míseras en un frío rincón de mi alcoba, pasto vil de feísima escoba, he pensado con honda amargura que una vez disipasteis las sombras, fuisteis luz, claridad y ventura!

¡Cuántas veces, Cerillas, al veros he pensado en los locos insignes, en los heroes y en los perseguidos!

LA PERCHA Y EL SOMBRERO

A Sigmund Freud

Señor del Abismo, Padre mío: Tú, que en el Firmamento y en nosotros, eres el amor de la carne, mientras la humana inquietud de luz perdure, dame el amor...

Mucho sol, ¿no es verdad? ¿Y mucho polvo...? Pero... ¿que más puedes pedirme ahora? ¿No estás gozando ya tu bien ganado descanso en esa percha siempre tuya y nada más que tuya pues que ha tiempo ningún rival puede restarte campo?

Oye, ¿sabes que al verte así dispuesto me he dado a cavilar hondo y tendido en el sentido extraño de tu suerte?... Un sombrero en la percha... ¡Quién hubiera pensado que así fueras la geometría de la Creación, el estupendo sortilegio cósmico con que florecen todos los capullos, con que perfuman todos los perfumes y se tienden al sol todas las alas!...

... El gancho de una percha en mi sombrero. ¿No es todo acto creador como una cópula en que se ayuntan necesariamente una espiga tenaz que busca abrigo y una concavidad que la recibe?...

Nada más que un sombrero colgado en una percha...

Sombrero... ¡La índia bronce de valientes senos!...

Percha... ¡El indio nervio de taurino dorso!...

¡La tierra santa, maternal, fecunda y el arado que indómito desgarra!...

¡La síntesis ovárica de un germen y el corpúsculo gualda de un estambre!...

¡La gloria de los vientres bendecidos! ¡La sonda genital y mensajera del triunfo de la vida!...

¡La majestad del ámbito vacío!... ¡La voluntad omnímoda del Grande!...

Nada más que un sombrero colgado en una percha... ¡La aurora del placer en un contacto! ¡El nudo misterioso en que se juntan la muerte de la vida redentora, la vida de la muerte abrumadora!...

Nada más que un sombrero colgado en una percha...

¡Un espasmo del Ser y del No Ser!

EL CENICERO

A Julio Verne, el gran Soñador

> ... y no me quites las estrellas; quiero el placer de verme ya vencedor porque está lejos la victoria y porque necesito reposo en la pelea.

¡Pobre corazón! ¡Pobre cenicero que llevo guardado dentro de mi pecho! ¡Nunca te creyera tan hondo, tan grande... tan grande y tan niño! ¡Pobre corazón!

¿Qué es la vida? Pues un cigarrillo prendido a la llama de nuestras pasiones... Un gran cigarrillo que nos lo fumamos (¿Quién no lo fumara? ¿Quién no lo quemara en la brasa ardiente, en la roja brasa del deseo?)... Que nos lo fumamos tal como si fuera cigarrillo auténtico: aquél, displicente; este otro, aburrido; tú, como quien juega cualquier travesura; yo, ¡con toda el alma vibrante en el sueño de su gas! Esa... a carcajadas; ésta, como loca, se le antoja chispa, rayo, tempestad. Y así, cada uno como la fortuna le da a comprender. Claro... ¿qué va a hacer?

...Y entonces... entonces... ¡La ilusión, el sueño! La quimera rubia, o color de rosa, o color de cielo, o color de nardo, o violeta... ¡El sueño!... Esa almita sutil, vaporosa, que al amor de la hermana Ven-

tana sube, sube esfumándose rauda en el dombo infinito y vacío, con un loco y pueril desvarío de encerrar en sus tules la Nada.

Humo... Humo... Humo... ¡Humo que queremos agarrar! ¡Humo que quisiéramos beber! ¡Humo que quisiéramos morder! Humo... Humo que huye y que se diluye paulatinamente... sucesivamente... invariablemente...

Pero, ¿es esto todo? No, no es todo, queda... Queda un algo turbio, impreciso, amargo... Y aún a veces dulce, con esa dulzura cáustica, narcótica de ciertos dolores... Queda un desengaño... ¡¿Queda un desengaño?!... ¡No, son ciento, miles! Cada migajita de ceniza es uno; cada tenue brizna de ese helado polvo vale por un muerto... Cuántos desengaños, cuántas decepciones como ya han caído en el cenicero de mi corazón!

...¡Pobre corazón! ¡Pobre cenicero que llevo guardado dentro de mi pecho! ¡Nunca te creyera tan hondo, tan grande... tan grande y... tan niño! ¡Pobre corazón!...

...¿Pobre corazón?... Si, pobre.. Si, pobre... ¿Pero acaso todo,. la muerte, la vida, la tierra, esta tierra, será mar y tierra? ¡Oh, no! ¡Mientras queme la llama divina y en mi lengua sea mi alma un temblor, subiré con ella... subiré con ella! ¡Soñaré con ella! Y soñaré tanto, que de mí tan sólo quedará una chispa muy blanca, muy diáfana, la más blanca y diáfana de todas las chispas que son las estrellas. ¿Mis hermanas? ¡Ellas! ¿Mis esposas? ¡Ellas! ¿Mis madres, mis hijas? ¡Ellas, siempre ellas! ¡Las blancas estrellas! ¡Las mudas estrellas! ¡Las dulces estrellas! ¡Las bellas estrellas!...

EL ESPEJO

A Carlos Roberto Darwin

Señor del Abismo, Alma del Universo y alma mía: Desde el gusano vengo en pos de Ti; hoy me ves hombre. He conservado, de lo que fuí, muchas vergüenzas; tengo, de lo que soy, muchas grandezas. Así, misteriosa alquimia de fango y polvo de estrellas, soy la retorta donde se funde una idea: Tú.

Cromo multiforme. Cristal azogado. Lago de mercurio. Frontón. Plancha positiva de inestable imagen. Ventanuca diáfana de un mundo irreal...

Como quien asoma la cara curiosa por un tragaluz, se me ocurre ahora verme, y ver las cosas que aquí me rodean, a través de ti... Veo mi persona, pero no soy ella, pues que estoy aquí. Veo unas paredes y veo unos cromos que no son paredes, ni son esos cromos. Al fondo se eleva un estante de libros, pero... no es estante. Allí se destaca la hermana Ventana, pero no es ventana... Viendo de soslayo casi me parece distinguir la silla que tiene mis ropas, pero estoy seguro de que no es la silla, como de que aquellas tampoco son ropas... Ese leve insecto que cruza

tu atmósfera, inexperienciable puesto que no es tal, no existe... Y, aunque yo lo veo batir sus pequeños élitros sutiles, sé que no se mueve, ni vive, ni vuela...

Tienes mil colores que no son colores y tienes mil formas que no tienen formas. ¡Eres vida muerta, sér inexistente, claridad obscura, sombra luminosa, incendio de nieve, nevada de fuego!...

Lago de mercurio, frontón:
Eres una absurda lección.

LOS VISILLOS

A Laura Brunet

¡Soy Tú, Padre mío! ¡Oh, dicha inefable! ¡Oh, gloria! ¡Soy el más hermoso de todos los hermosos! ¡Soy hermoso con la suprema hermosura! ¡Me amo! ¡Me amo! ¡Y, porque me amo, quiero desnudarme!

Visillos preciosos. Bellos bastidores sin mancilla, limpios:

Tenéis el encanto de las cosas lueñes. Delgados y largos dedos de la abuela parlarían días, días y más días bordando el capricho de vuestra figura en que surgen, reales, presentes y vivos, una dama antigua y un adusto conde bailando el minué; en que, donjuanesco, cruz, capa y espada, diría el trovero su amor a la niña falleciente y lánguida sobre un blasonado canapé.

Dos grandes ojeras dice vuestro fútil milagro... Dos grandes ojeras que ensombrecerían presas a una aguja de croché...

Todos los ovillos se alborotarían por haceros, preciosos visillos, hijos de una muda pena sommoliento y de aquella aguja de croché.

Sois el trajecito de fiesta de doña Ventana, la

que hizo ligero y de buen augurio el estornudo de rapé... Pero la ventana, la doña Ventana, ya es otra ventana, como es otro siglo y... otro canapé.

¡Hoy doña Ventana no viste visillo! ¡Ya no es la romántica ventana que fué! Hoy doña Ventana funde sus barrotes, gira sus postigos, retira sus tapas, descubre sus ojos y se abre en un amplio saludo de pie. ¡Hoy doña Ventana se ufana de sol! Hoy, doña Ventana, desnuda y hermana, abre al pasajero todo su fraterno gesto de salud, su ancha tolerancia, su euforia y su fe.

BROCHE:

MI ALCOBA

—¡Alma, despierta! Acércate al balcón del firmamento. Ven, Poeta, a tu alcoba y, desde ella, como subido a la más alta cumbre que imaginara el mito de los mitos, se extasiarán atónitos tus ojos y oirán estupefactos tus oídos el milagro supremo de la vida, la taumaturgia de la creación. Tu mirada será cien veces águila, cien veces luz y rayo ultravioleta, y abarcarás el firmamento todo... ¡El firmamento todo, me comprendes?! ¡Soles, planetas, bólidos, estrellas rodarán a tus plantas comprendidos, solícitos y fáciles!

... Y oí la voz que de ese modo hablara, y me asomé al balcón del firmamento; ¡entré en mi alcoba, y vi! La mágica Verdad, la incomparable, fluía miel y agua cristalina, decía luz y oraba estremecida en el alma sutil de aquellas cosas. Se extasiaba y amaba y sonreía con la hermosa lección de cada una... ¡Y se rasgó el azul como a un conjuro! Y un incendio de sol ardió en mis ojos y poseyó mi alma estremecida, y vi, y oí:

¡Sube, sube, mortal; sube incansable, sube insaciable, sube siempre, sube! ¡Que todas estas cúspides son tuyas y para ti fueron creadas! ¡¡Sube!!

ORACION FINAL

Señor del abismo, Dios mío, a Ti, el que fuimos en la hora del inicio, a Ti el que seremos en la hora de la Máxima Apoteosis:

Donde quiera que mis ojos ponga, te veo y no te encuentro; pero donde más resplandece la gloria de tu Imagen, la inmensidad de tu naturaleza divina, donde más formidable y más lejano te me muestras es en el Cielo, en ese Cielo del color de mis sueños, en ese Cielo donde quiero aprender tu pureza, tu nobleza, tu diafanidad y tu grandor.

Señor del abismo, te veo y no te encuentro. Por el Este, misterio ...Misterio en el Oeste y y en el Norte y el Sud. Se yerguen en contorno mío tus cuatro Muros de lo desconocido, y me espantan, Señor, me espantan. Hazme comprender qne sabré derrumbarlos .. Pero... ¿qué digo? ¿No me lo has enseñado ya?... Si, Padre mío, mi débil inteligencia se inundará de luz, y esto será cuando el primero de los hombres asiente sus pies en la última de las estrellas. Creo en Ti, te adoro y, puesto que eres un Dios Negro, alumbraremos en Ti, llegaremos hasta Ti. No lo dudo. He gozado ya el ensueño de tus perfecciones en la gloria de la naturaleza con que te dejas adivinar. Obscurécete, Dios mío, hazte arcano para que tengamos la dicha de conocerte buscándote ...¡Oh, pero cuánto nos falta para conseguirla! Con-

suélame, mientras la busco, con la ilusión de verte mío. Alimenta los paseos de mi imaginación en el país del sol dándole, para su contento, las más lindas visiones, los más rosados espejismos, aunque bien sepa, Padre mío, que la única substancia eres Tú, siempre y dondequiera, en todo y con todo y que, existiendo yo, soy Tú. Pero quiero pedirte que no sea yo solo quien lo sepa; haz que lo aprendan todos los hombres; que no enciendan sus luces de bengala en la noche soberbia que te esconde; echa a sus dioses cobardes de tu templo; ocúltate para que mejor te veamos; para que te cantemos en todos los idiomas de nuestra alma tal como eres y para que, amándonos en el arte, te amemos.

Señor del abismo, barro del universo y carne mía:

Has puesto el mal entre nosotros; has puesto la discordia, el odio, la mentira, la lujuria, la cólera, la gula, la envidia, la avaricia; has puesto el error entre nosotros. Bienvenido sea porque en él florecerá la rosa del consuelo; bienvenido sea porque eres Tú, el supremo ordenador, quien entre nosotros lo alienta. Tú lo hiciste, así será. Esto me has enseñado, Padre mío, en tu creación, y esto mismo los escritos de los hombres; esto me han enseñado los libros. Hay que caer para levantarse. Hay que sufrir para gozar. Azótame, padre mío, con flagelo inexorable, pero déjame llorar cuando la tortura sea superior a mis fuerzas, y, si me das alegrías, déjame reir, Padre mío, déjame, y recibe estas alegrías, recibe sobre todo mis dolores de hoy, mis desengaños de siempre, como el sacrificio que te hago en el altar de mi amor hacia Ti.

Señor del abismo:

Puesto que te amamos, puesto que te desea-

mos, puesto que queremos llegar a Ti, ayúdanos a comprendernos, a enlazar nuestros corazones en abrazo íntimo, a borrar fronteras políticas que son fronteras de odio; enséñanos a execrar la guerra. Ayúdanos, Padre mío, a remozarnos, a sacudir nuestras viejas y empolvadas ropas.

Sí, Padre mío, queremos llegar a Ti. Tú me entiendes porque Tú, al despertar en el Firmamento, me encendiste el impulso sagrado que me lleva a buscarte. No importa que, encontrándote, desaparezcas en otra noche más honda que la que hoy nos envuelve; ya volverás de nuevo al despertar de tu creación para de nuevo darte en nosotros el goce de buscarte, la dicha de contemplarte inefable y maravilloso. Ese es, por los siglos de los siglos, Tu destino en nosotros, nuestro destino. Gocémonos.

Gocémonos contemplándonos. Gocémonos golpeando, hasta que se quiebre, con los élitros de nuestra inteligencia, el duro cristal de tantos obstáculos como tenemos que vencer. Y dame valor en este trabajo, dame paciencia porque, aunque sé que mañana serás mío, me rinde a veces el esfuerzo de buscarte y levanto, en medio de mí y de la verdad, un torpe y sacrílego remedo tuyo; me rinde el esfuerzo de mis ansias de verdad nunca satisfechas. Dame también valor para buscarte desinteresadamente porque bien conozco la ingratitud y la ceguera de los hombres. Dame valor. Démelo yo.

Señor del abismo, Padre mío:

Tú, que en el firmamento y en nosotros eres el amor de la carne mientras la humana inquietud de luz perdure, dame el amor y no me quites las estrellas; quiero el placer de verme ya vencedor porque está lejos la victoria y porque necesito reposo en la pelea.

Señor del abismo, alma del universo y alma mía:

Desde el gusano vengo en pos de Ti; hoy me ves hombre. He conservado, de lo que fuí, muchas vergüenzas; tengo, de lo que soy, muchas grandezas. Así, misteriosa alquimia de fango y polvo de estrellas, soy la retorta donde se funde una idea: Tú. ¡Soy Tú, Padre mío! ¡Oh dicha inefable! ¡Oh gloria! ¡Soy el más hermoso de todos los hermosos! ¡Soy hermoso con la suprema hermosura! ¡Me amo! ¡Me amo! ¡Y, porque me amo, quiero desnudarme!

Negra es la Noche
Pero blanco el Día

INDICE

	Págs.
Fórmula Sintética Inicial	1
Mi Credo	3
Portada: Mi Alcoba	7
La Ventana	11
Los Muros	13
La Alfombra	17
El Tumbadillo	19
La Puerta	21
El Lecho	23
Las Mesas	25
El Papel-tapiz	27
La Desgarradura del Papel-tapiz	31
Los Cromos	33
Las Arañas	35
La Gota de Esmalte	37
El Estante de Libros	39
Los Libros	43
El Lavabo	45
Las Sillas	49
El Tarro de Pelotas de Tennis	51
El Velador	53
La Escoba	57
La Lámpara Eléctrica	59
La Mosca	61
El Reloj	63
El Clavo	65

La Pluma 67
Las Cerillas 69
La Percha y el Sombrero 71
El Cenicero 73
El Espejo 75
Los Visillos 77
Broche: Mi Alcoba 79
Oración Final 81
Fórmula Sintética Final 85

EDITORIAL
CHARCAS